

Había una vez un chico que vivía en una pequeña aldea llamada Buenos Aires, en el Virreinato del Perú.

Sus papás le habían puesto cinco nombres, pero todos lo conocían como Manuel.

No bien oía el silbido característico del «tío», como se llamaba entonces a los vendedores ambulantes de golosinas, salía corriendo a gastar el medio real que había ahorrado en la semana.

Nadie hubiera dicho que ese muchachito rubión, con el tiempo, sería un héroe. En estos cuentos, al menos, Manuel no es más que un chico. Un chico como vos.

Grupo Editorial Planeta

COMO UN RELOJ

Talán talán, sonaron las campanas de Santo Domingo.

Talán talán, repiquetearon las campanas de San Juan Bautista.

Talaán talaán, tocaron las campanas de San Nicolás de Bari, que estaba más lejos.

Don Domenico sacó el reloj del bolsillo del chaleco. Eran las dos de la tarde.

No siempre las campanas repicaban puntualmente. A veces, los sacristanes se adormecían y se quedaban colgados de los badajos. Hasta el reloj de don Domenico se dormía de vez en cuando. En Buenos Aires, el único reloj exacto era el sol.

Los que funcionaban como un relojito eran los Belgrano. Seguían puntualmente las campanadas.

A las doce, las campanas anunciaban el mediodía. Florencia, entonces, se peinaba.

No era tan simple como parece. Porque la niña tenía una cabellera negra larga, larguísima.

Tan larga que, cuando la soltaba y sacudía la cabeza, parecía que se hacía de noche.

Florencia, que tenía diecisiete años, era la primogénita de los Belgrano. Estaba a punto de casarse. Hacía rato que cosía y bordaba su ajuar de novia. Enaguas con puntillas, camisones primorosos, pañuelos blancos como espuma de mar.

Y la cabellera, claro. La cabellera era importantísima para una novia.

Doña Pepa, la mamá Belgrano, estaba preocupada por el casamiento cercano. Insistía en que Florencia se peinara mil veces diarias con un cepillo de mango de plata. Mil veces, ni una más, ni una menos.

Cepilla que cepilla. A las cien cepilladas nomás, Florencia se cansaba. De modo que le tocaba el turno a su hermana Josefa, que tenía once años. Cepilla que cepilla.

A las cien, a Josefa le dolía el brazo. Era la vez de doña Pepa. Cepilla que cepilla. Le tocaba de nuevo a Florencia. Y vuelta a empezar. Cepilla que cepilla hasta 998, 999... 1 000 cepilladas!

La cabellera de Florencia quedaba hecha una maravilla, llena de brillos, como una noche estrellada en el campo. Aunque su hermana Josefa estuviera harta.

Lo cierto es que el cepillado terminaba cuando, *italán talán!*, los campanarios anunciaban las dos de la tarde.

En ese momento don Domenico, el papá Belgrano, miraba su reloj de bolsillo. Como por embrujo, justo entonces sus hijos Carlos y José entraban por la puerta siempre abierta de madera. Llegaban del Colegio de Reales Estudios, que estaba a menos de dos cuadras. Ya habían dejado de ser chicos, o casi, porque tenían catorce y trece años. Domingo, de siete, hacía rato que había vuelto de la Escuela de Dios.

El que no estudiaba todavía era Manuel. Bah, ese chiquitín rubión de sólo cinco años que se llamaba Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús Belgrano. Parece que los papás no encontraron más nombres para ponerle.

Quién sabe en qué correrías andaba Manuel cuando sonaron las campanas de las dos. Doña Pepa no lo dejaba salir solo ni siquiera a la Plaza Mayor, que estaba apenas a tres cuadras. De modo que quizá estuviera potreando en el patio trasero o tal vez prendido a la falda de la morena Toribia, que de vez en cuando le permitía hundir el dedo en la tinaja de miel.

Al último *talán*, todos a la vez, como engranajes obedientes de un reloj, marcharon a la sala.

La primera fue doña Pepa, la mamá. Estaba embarazada de nuevo. Manuel no se acordaba de haberla visto sin panza. Eran un montón de familia.

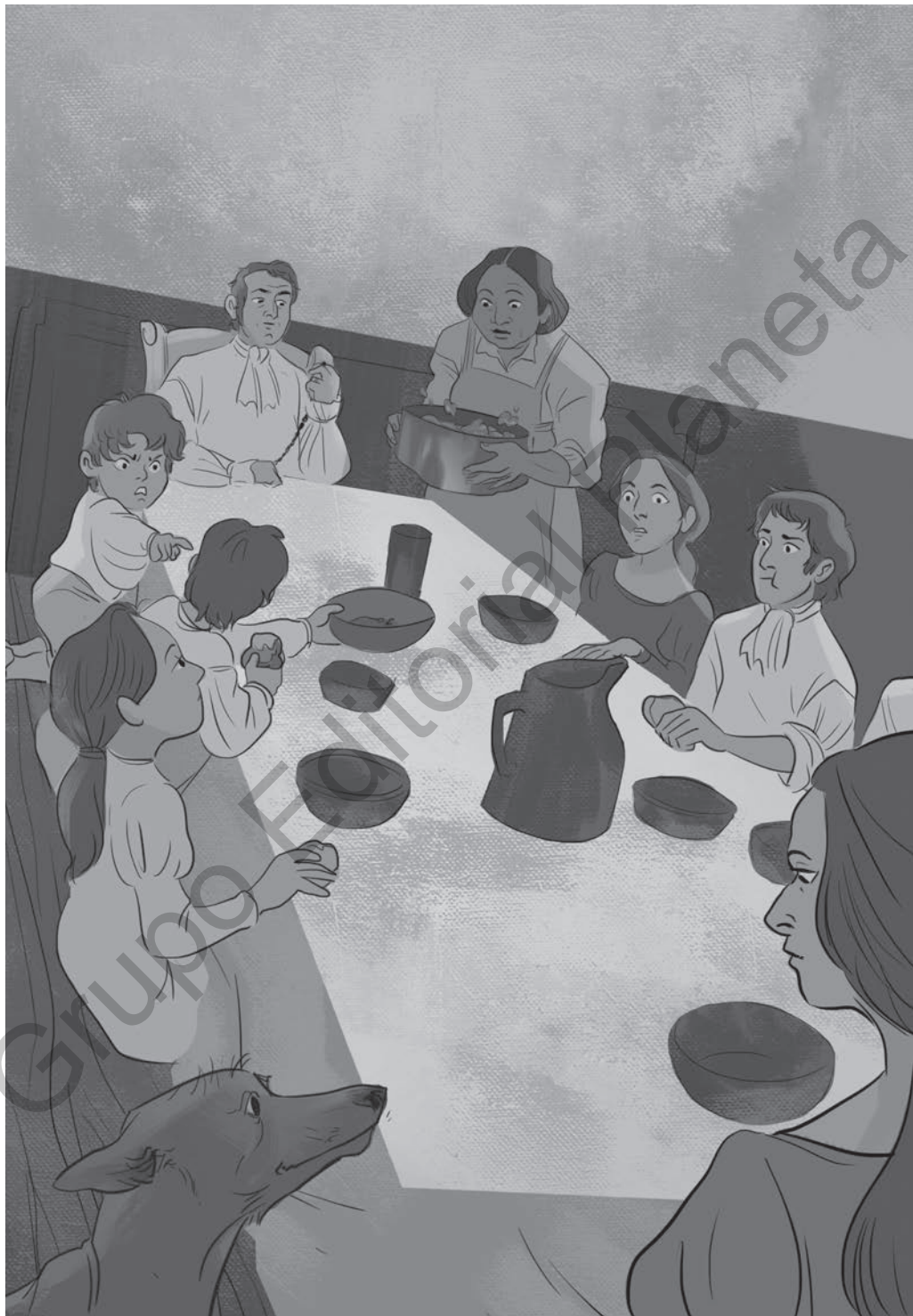
Después vinieron los chicos. En malón, como solían hacer cuando era la hora del almuerzo.

La mesa era una tabla. En la cabecera, el sillón de don Domenico, el papá. En la otra, una silla modesta para doña Pepa, la mamá. A los lados, dos largos bancos de madera para los chicos, salvo los que no tenían edad para almorzar con los grandes: Francisco de cuatro, Joaquín de dos y María del Rosario, que era una bebita.

Los chicos se fueron acomodando en los bancos en un orden riguroso, de mayor a menor. Florencia, con su cabellera nocturna. Carlos y José, con un gesto como de coroneles, que es lo que serían con el tiempo. Josefa, todavía aburrida de cepillar a la hermana. Domingo, que siempre se moría de hambre. Y Manuel.

Al lado de doña Pepa, Corsario. Corsario era un perro sin pelo que en invierno dormía a los pies de mamá Belgrano porque era calentito. Él también acudía con las campanadas de las dos porque a veces ligaba un hueso de caracú.

Toribia había dispuesto la mesa. Delante de cada uno, una escudilla. Ante don Domenico, una botella negra



con vino. En el medio, una jarra con agua y un único vaso de vidrio grueso, alto, que se pasarían unos a otros porque las copas eran para las fiestas.

Los Belgrano eran adinerados. De modo que en la mesa había algún que otro tenedor y algunas cucharas de plata, aunque no se usaban demasiado. Los chicos sorbían la sopa del borde de la escudilla. Y la carne del puchero había hervido tanto que se deshilachaba, era fácil comerla con la mano. Eso sí, debían hacerlo con tres dedos, como mandaban las reglas de urbanidad.

Don Domenico miró si todos estaban sentados en sus puestos en silencio y con la debida compostura. Estaban. Consultó el reloj. Eran las dos y siete de la tarde. Dio dos palmadas y apareció Toribia con la primera fuente de puchero.

La fuente pasó de mano en mano. Siempre siguiendo el sentido de las agujas del reloj: primero don Domenico, claro, y después hacia la derecha. De modo que Florencia era la segunda, Carlos, el tercero y así hasta llegar a Manuel, que era el último.

Un choricito, un pedazo de panceta, una pata de gallina, una papa. Cuando la fuente llegaba a Manuel no quedaba mucho qué elegir. Pero después vino otra fuente y aun una tercera.

Mientras tanto, los grandes hablaban cosas de grandes. Los chicos no podían hablar si los papás no se dirigían a ellos.

Carlos y José, que estaban sentados juntos, se pellizcaban por debajo de la mesa y se reían como tontos. Domingo comía a dos carrillos. Florencia parecía más preocupada por su cabellera que por la comida, a cada rato movía la cabeza para sentir la caricia de su cabello en los hombros.

Corsario atendía el recorrido de las fuentes con una ilusión de huesos en la mirada.

Cuando Toribia trajo los postres, hubo una exclamación callada de alegría. Los Belgrano eran muy dulceros.

En la primera fuente había fritos de papa espolvoreados con azúcar, buñuelos salpicados con miel y pastelitos con crema. ¡Ah, los pastelitos con crema de Toribia! Uno se los metía en la boca y sentía como un sabor dulce a tobogán en la plaza.

En la fuente había seis pastelitos. Florencia se sirvió el primero. Carlos, el segundo. José, el tercero. Josefa, el cuarto. Y Domingo... ¡se sirvió dos!

—¡No vale!! —gritó Manuel, que se había quedado sin pastelito.

Domingo puso cara de yo no fui.

—¿Qué pasa? —preguntó don Domenico.

—¡No vale, padre! —volvió a gritar Manuel, que estaba enojadísimo—. ¡Domingo...!

—Baje el tono, amiguito. No se haga el gallo conmigo.

—No, padre. Lo que pasa es que este orden es injusto.

—¿Injusto?

—Vea usted, padre, si los pastelitos se reparten siguiendo el orden de reloj en que estamos sentados, los más grandes pueden agarrar más...

Exactamente cuando Manuel estaba diciendo «agarrar más», Toribia se aproximaba a la mesa con una enorme olla de compota de duraznos. La olla era pesada. El líquido se movía de allá para acá a cada paso cansado de Toribia. La morena venía vigilando con dificultad que el líquido no se derramara. Ya estaba cerca de la mesa.

En ese preciso instante, Florencia sacudió su cabellera. Toribia se sobresaltó, sintió que se le venía la noche de la cabellera encima. Trastabilló. Y la olla saltó de sus manos. Rebotó sobre la mesa. Y, mientras rebotaba, lanzaba el líquido espeso y viscoso en todas direcciones.

Florencia gritó al sentir el líquido pegajoso sobre su cándido vestido blanco.

Carlos y José se levantaron de un salto, y el banco en el que estaban sentados cayó con un gran estrépito hacia atrás.

Los duraznos patinaron sobre el mantel.

Domingo intentó salvar sus dos pastelitos de la compota que se esparcía sobre la mesa, pero fue inútil.

Corsario, feliz, lamía la compota derramada en el piso.

Ese día, se paró el reloj de don Domenico, tan enojado estaba.